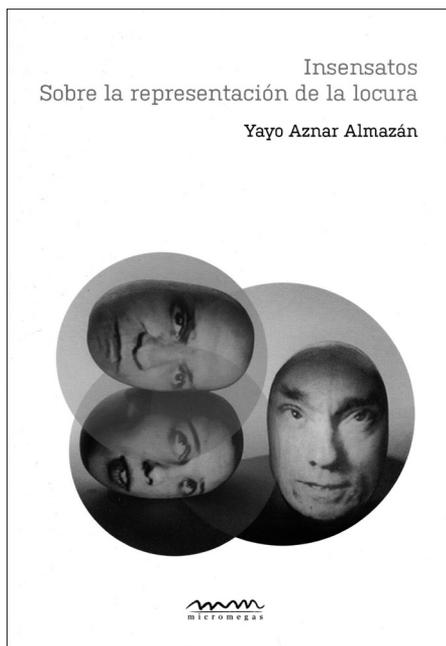


■ **AZNAR ALMAZÁN, Yayo, *Insensatos. Sobre la representación de la locura*, Murcia, Micromegas, 2013**

Jesús López Díaz
UNED



Desde dónde he de escribir, desde la razón o la sinrazón. Me da miedo escribir la palabra *locura*, me produce vértigo, reconozco un precipicio que ya he visitado. Puede parecer un lugar común pero percibo la razón como un espacio frío, hermético, cerrado, en el que se producen procesos científicos visibles, y narrables si se presta la suficiente atención. Sin embargo la sin-

razón (locura, ¡qué palabra! ¡qué estigma!) es un lugar anárquico de tan libre que es, bueno, más que libre incontrolable. La locura «funcional» o «natural», aquella que libera la naturaleza humana hacia un estado de transcendencia, según Fransesc Torres (pp. 40-41) es un primer estadio temporal del que se puede regresar tras llegar a un punto álgido, místico, eyaculador, revolucionario, sadiano... que, claro, puede dejar huellas, heridas, pero que no tiene el olor de la medicina, ni de la enfermedad.

No hay problema, no temáis, cuando llegue el peligro el ejercicio del poder actuará, nos lo ha explicado Foucault una y mil veces. Cuando se entrevea la sombra del miedo, de la norma desbordada, entonces, bajo los principios de la profilaxis y la higiene, el *otro* será controlado..., el problema estalla cuando el otro aparece en el espejo. No mires. Pero siento que los demás me miran, que se dan cuenta.

No sé si debo escribir desde la razón, pero para mí escribir es sinónimo de dolor, siempre he sufrido delante de un folio, me puedo pasar horas mirando la pantalla del ordenador, cons-

truyendo y rasgando mentalmente un muro, una tela de araña, en un ejercicio que por momentos no cabría en las cajitas de la normalidad. Puede que el problema sea que quiero escribir imágenes donde sólo es posible colocar palabras, y mi mente no es capaz de entender la función que debo realizar (las palabras e imágenes siguen caminos diferentes, p. 57). Eterna contradicción entre norma y neurosis tan gráficamente explicada en el *Double Bind* que expusiera el difunto Juan Muñoz en la Tate de Londres (p. 109).

En este intersticio complejo, irresuelto, un poco sombrío, en el que se entra pero en el que la salida no puede encontrarse fácilmente, es donde se mueven los análisis, las reflexiones y los pensamientos de Yayo Aznar al desconstruir y reconstruir los significados que algunas fotografías, obras de arte, películas e instalaciones han mostrado al tratar el tema de la representación de la locura. Y lo hace como siempre con una bibliografía que permite seguir el camino de lo que la autora en los últimos años se ha esforzado en llamar «pensar con las obras» y a cuya didáctica dedica incontables y loables esfuerzos, tanto en sus escritos, sus conferencias o su docencia universitaria.

Desde la orilla de la razón la locura parece devastadora. La lectura de este texto se puede hacer desde varias perspectivas, hay donde elegir, la

clave personal es una de ellas porque es imposible huir de las preguntas éticas y morales que el tema plantea, y porque como dice la autora el hombre mantiene una relación sutil consigo mismo (p. 59) que le obliga, peor, le auto-obliga, a caminar entre las estrechas paredes, cada vez más aunque no lo creamos, de un nuevo relato «objetivo», en el que el cuestionamiento de la verdad (Didi-Huberman) produce una demonizada desesperación. Pero también desde la perspectiva socio-histórica que ha igualado conscientemente el defecto con la maldad, la miseria con la enfermedad, y el estigma con la condición social del individuo.

Y cómo no, hay una provechosa, enjundiosa, lectura política con las referencias tan bien traídas de los conocidos análisis histórico-filosóficos sobre la materia de Foucault, contrastados por las muy actuales interpretaciones de Žižek que nos obligan a mover un poco la alfombra para descubrir todo el polvo y miserias acumuladas y escondidas por las estructuras del poder que, no olvidemos, insiste la autora, son responsables muchas veces de fomentar estas construcciones, sí, construcciones, que sobre la locura se han basado para levantar esa casa jurídico-médica que a ojos del individuo parece tan pulcra, aséptica y civilizada. Despertando de la anestesia con Bück-Morss podremos también hacer que nuestros sentidos entumecidos

y nuestra memoria reprimida (p. 100) sean capaces de mirarse al espejo y descubrir una nueva noción de intimidad como nos sugirió en su momento José Luis Pardo (p. 107).

La posibilidad de reflexionar ante las imágenes apoyados en unos textos bien escogidos se nos queda a veces corta para la labor que nos sugiere la lectura de este texto, pues los retos intelectuales, casi morales, que se nos abren como individuos ante la andanada de expresiones como la de que «el hombre no dispone libremente de sí mismo» (p. 80), sólo pueden incitar a recorrer el mapa de las pasiones humanas (Bodei) para poder evitar que la tormenta (la ciencia meteorológica del ánimo de Spinoza, p. 78) desatada por la incertidumbre, la sinrazón, la locura, se convierta en un sistema de repliegue del que sólo podamos gestionar los miedos, tan fascistas (Benjamin, p. 99), tan impresos a fuego por la saturación icónica.

Qué fascinante esa reflexión de la locura entendida como la comprensión respecto a un único punto de varios posibles (p. 63), qué necesario el cuestionamiento del fracaso del método científico (p. 71), del relato objetivo, quiénes son realmente los que interpretan (Viola), cómo no seguir queriendo descubrir los mecanismos de control..., cómo no querer autodefendernos para conjurar, para sobrevivir o para evitar el trauma.

La representación de la locura se convierte en una extraña fisura por la que adentrarnos a un mundo paralelo, latente, que como un espejo que portáramos continuamente nos devolviera una y otra vez los gestos de nuestro rostro, las muecas que no vemos, nuestras expresiones, y nos descubriera por momentos aspectos, gestos, movimientos en nosotros mismos, que no llegamos a reconocer como propios. Para encontrarla hay que perder la cabeza primero, o dejarla olvidada ya. ■